

ALINA NOT

Go, en
ningún
destino

Trilogía Azar II

CROSS
BOOKS

ALINA NOT

Go, en
ningún
destino

Trilogía Azar II

CROSS
BOOKS

1

Ignorar las señales

Beth

Dicen que la vida no se mide por las veces que respiras, sino por los momentos que te dejan sin aliento. No sé quién fue el primero en pensarlo, pero estoy haciendo mío el concepto. Y, con cada nuevo latido fuerte y a todo volumen, mientras contengo la respiración, voy construyendo esa vida que mantuve en estado de espera durante tanto tiempo.

Atesoro instantes como quien colecciona objetos únicos. Lágrimas que surgen de la risa, nudos en el estómago que anticipan emociones desbocadas, cosquilleos de impaciencia que preceden al placer, caricias que ponen la piel de gallina y besos que liberan mariposas.

Y luego está esto, claro. Lo más apreciado en mi nueva colección de momentos: despertar entre sus brazos y mantener los ojos cerrados para grabar las sensaciones bien profundo dentro de mí. El calor, la seguridad, la intimidad..., la calma.

A veces me pregunto qué he hecho para llegar hasta aquí. Cuáles de mis decisiones o cuánto de mi negativa a tomarlas y todas las equivocaciones que pudieran surgir de ello me

hicieron terminar donde estoy ahora. Y la respuesta, cada vez, es la misma.

Es solo suerte, supongo.

No sé hace cuánto que ha sonado el despertador. Podrían haber pasado un par de minutos o diez veces ese tiempo. Por eso, cuando la consciencia vuelve de golpe, me muevo acelerada y trato de estirarme para alcanzar el móvil y mirar qué hora es.

Chris suelta un gruñido disconforme, bajito y ronco, y cierra las extremidades con más fuerza en torno a mi cuerpo para evitar que escape de su abrazo. Tenemos las piernas enredadas y sus brazos sobre los míos me atrapan sin mostrar piedad. Nos dormimos desnudos bajo su edredón y por eso es imposible no notar cómo una parte de él despierta y crece, pegada a la zona baja de mi espalda, cuando intento zafarme con más ganas.

Suelto una risita.

—¿En serio vas a empalmarte ahora? Tengo que ir a clase. Me he dormido, seguro que es supertarde.

—Tengo tu culo rozándome por todas partes y tu teta en la mano, Beth, ¿cuánto crees que soy capaz de soportar? —responde, con la voz aún adormilada, y acerca la cabeza todavía más y hunde la nariz en mi cuello.

Me muerdo el labio y mis caderas se mueven hacia atrás sin permiso para buscarlo cuando ese roce despierta del todo mi cuerpo. El sexo por las mañanas con Chris es una tentación irresistible. El sexo con Chris, en general, es absurdamente irresistible, si tengo que admitirlo.

Pero estoy segura de que no tengo tiempo. No cuando la primera clase de la mañana es una de las obligatorias dentro del programa de Teatro. No puedo faltar.

—Tengo que irme, voy en serio.

Abre los brazos y se aparta con desgana, para dejarme

marchar. Me giro a mirarlo. Tiene esa sonrisa perezosa, los ojos abiertos a duras penas y el pelo revuelto. Y me gustaría poder quedarme en esos labios todo el día. En cambio, le doy un beso rápido y me estiro sobre su cuerpo para pescar el móvil de la mesilla. Aprovecha para mordirme un pecho y yo me río en respuesta y ni siquiera intento apartarme.

Entonces veo la hora que es.

—Mierda.

Salto de la cama. Protesta cuando paso por encima de él sin ningún cuidado. Abro un poco la cortina para que entre más luz, aunque no es mucha tan temprano, y me muevo acelerada por la habitación hasta encontrar cada prenda de ropa que ayer tiramos al suelo. Me visto a toda velocidad, recojo mis cosas y, cargada con todo, me acerco para darle otro beso, más largo esta vez.

Salgo y dejo la mochila, la carpeta y la cazadora tiradas delante de la puerta del baño para entrar, poder hacer pis, asearme un poco y ponerme las lentillas.

Me sorprende encontrarme a Oscar y a Matteo despiertos y juntos en la cocina. El primero ayer se fue pronto de nuestra reunión en La Gramola y se suponía que iba a pasar la noche en casa de Adrien. Puede que lo haya hecho, porque lleva la misma ropa y tiene cara de no haber dormido mucho, así que a lo mejor acaba de llegar. Matt, por su parte, se quedó con Lydia en el bar cuando Chris y yo nos fuimos y no lo oí volver antes de quedarme dormida.

—Buenos días.

Me responden los dos a la vez, con las voces roncas, como si no se hubieran terminado de despertar del todo todavía.

—¿Quieres un café? —pregunta Oscar, que tiene uno en la mano y a *Ouija* en el regazo.

Dudo un segundo.

—Vale, aunque tiene que ser ultrarrápido.

Es Matt, con tan solo unos pantalones de deporte y los tatuajes por toda camiseta, quien se acerca a por una taza y me lo sirve.

—Café ultrarrápido para la *signorina*.

Me acerco hasta ellos y cojo la taza al tiempo que le dedico una sonrisa al italiano.

Chris normalmente procura, si pasamos la noche juntos, que nos quedemos en mi casa cuando Matteo está ocupando el sofá, creo que porque piensa que es incómodo para mí estar en su apartamento si hay un tío durmiendo en el salón. Claro, no es que pueda ir a ningún sitio en este reducido espacio sin encontrármelo, pero Matt no me molesta en absoluto. Es amable, hace todo lo posible porque no me sienta incómoda (lo que incluye dormir con pantalones, cuando sé por sus amigos que, si yo no estoy, lo hace en calzoncillos haga frío o calor) y me mimaba tanto como Oscar. Me siento muy a gusto en esta casa con los tres.

—Has vuelto pronto —le digo a Oscar, lo más despreocupada posible mientras juego con la gata.

No seré yo la que rompa el inestable equilibrio que hemos alcanzado en el que él sabe que a ninguno nos cae especialmente bien su novio, pero no hay malos rollos mientras no digamos nada en su contra en voz alta.

—Sí, ha sido una noche rara —se limita a decir con la mirada clavada en el cruasán que tiene en la mano. Empuja la bolsa hacia mí—. ¿Quieres?

Dejo para Chris la charla intensa sobre cómo de rara ha sido la noche, y rechazo la comida mientras apuro el café.

Me vuelvo con el último trago cuando oigo sus pasos. Chris aparece con unos pantalones de pijama anchos colgando de forma demasiado atractiva de sus caderas y poniéndose una camiseta. Se sienta en una banqueta en el mismo momento en que yo dejo la taza en el fregadero.

—Me voy, que ya llego tarde —informo a los tres.

Mi chico me pone las manos en la cintura en cuanto me planto frente a él.

—¿Tienes ensayo esta tarde?

—Sí.

—¿Te veo esta noche?

Le dedico una sonrisa de disculpa.

—Tenemos cena de chicas.

Frunce el ceño y pone una expresión adorable.

—¿No estoy invitado?

—Esta vez, no.

Le doy un beso breve, y él me pone una mano en la nuca para retenerme contra sus labios un par de segundos más.

—Haremos un plan de chicos alternativo y no os invitaremos tampoco —dice Matteo mientras tanto.

Me separo de Chris con una sonrisa divertida.

—Te llamo luego —le digo solo a él—. Adiós, chicos —añado para todos mientras troto hacia la puerta.

Se despiden los tres al unísono, como si lo tuvieran ensayado.



La puerta del aula ya está cerrada cuando llego corriendo. Lanzo una maldición en voz baja y me doy un par de segundos para recuperar el aliento antes de abrirla con todo el sigilo posible y colarme dentro con la esperanza de que nadie se gire. Por supuesto, no lo consigo. Me pongo roja cuando las miradas se centran en mí, y Sofía, la profesora de Interpretación que juzgó mi prueba de acceso, deja de explicar lo que fuera que había empezado a contar al resto de los alumnos para darme tiempo a sentarme. Al menos, no me llama la atención por impuntual.

Lorna aparta su mochila del asiento a su lado para que pueda ocuparlo yo. Me encojo ahí a esperar a que el bochorno pase y saco mi cuaderno para anotar cada cosa importante que nos cuente la profesora hoy.

—Ahora que la protagonista se ha dignado a aparecer, ¿ya podemos empezar la clase, Sofía? ¿O esperamos a que la princesa nos dé permiso?

Me giro para clavar una mirada llena de resentimiento en ese capullo arrogante que tenemos como coprotagonista en la obra. Tiene los ojos color miel también clavados en mí, con el gesto aburrido. Tengo que esforzarme, de verdad, para no levantarle el dedo medio de la mano delante de todos, incluida la profesora.

—Ben, cierra la boca —advierte Sofía—. Seguimos. Prestadme atención.

Él aún sigue con la vista clavada en mí. Y lo que más me molesta, lo que de verdad más me molesta después de mes y medio de ensayar juntos casi cada día y aguantar su arrogancia, sus salidas de tono conmigo y esa manía que parece tenerme sin ningún motivo de peso, es que tenga esa cara. *Esa estúpida cara*. Me guiña un ojo. Vuelvo a sentarme bien de golpe y suelto un resoplido frustrado.

—Ignóralo —me aconseja Lorna.

Lo sé. Todos los que han sido testigos de la forma en que me pincha y me empuja para hacerme saltar (es decir, casi todos los alumnos del programa e incluso algunos de los profesores) me han dicho lo mismo: «Pasa de él. No dejes que te distraiga, es lo que quiere. Ben es egocéntrico e individualista. Solo piensa en él. Hará cualquier cosa por esa beca, aunque tenga que pisarnos a todos. Al menos, a ti te mira a la cara cuando te habla». Bueno, no puedo evitar que me irrite, tendría que ser de piedra o haber alcanzado el nirvana para eso. Y no puedo evitar que me afecte, además, porque

vi su cara hace mucho tiempo, en una maldita premonición, y la sensación que me quedó dentro no era para nada parecida al odio, sino más bien todo lo contrario. ¿Cómo podría el destino equivocarse tanto?

Lo destierro de mi mente y me centro en la clase. Estoy disfrutando muchísimo (coprotagonista aparte) de formar parte del programa de Teatro. Me fue bastante bien con las asignaturas que tuve que cursar en el primer semestre y también con los exámenes, pero esto es de verdad lo que yo quería hacer. Aprender las técnicas que me ayuden a transmitir mejor desde el escenario: técnica vocal, la respiración y la emisión, proyección, técnicas gestuales, manejar la emoción. Estas clases son un regalo, por duras que puedan llegar a hacerse algunas de ellas. Y actuar. Sobre todo, actuar. Me siento viva y completa en cada ensayo, incluso cuando Vines me provoca, me reta y me exige con mayor ferocidad que Joss, que es nuestro director.

Ignoro la sensación de tener unos ojos clavados en la nuca clase tras clase. Sé por qué lo hace. Lleva más de un mes así, desde que entré en el programa. Solo quiere ponerme nerviosa, sacarme de quicio, distraerme y que dé un paso en falso. Quiere asegurarse esa beca sea como sea y me da la impresión de que me ve como su mayor rival. Me parece perfecto. Porque yo también quiero esa beca. Y estoy dispuesta a ser casi tan rastrera como él para conseguirla.

Salgo de la última clase hablando con Lorna. Hemos quedado en un rato para comer con Ruth y su amiga Steph. Ya apenas coincido con Ruth y eso sí que lo echo de menos. Seguimos itinerarios distintos, claro, yo quiero actuar y ella quiere escribir, pero habíamos conectado tan bien que me gustaría poder verla más.

—La misma ropa de ayer, Walls. —Oigo ese acento británico justo detrás de mí y aprieto los dientes—. O tienes poco

fondo de armario, o alguien ha sido una chica traviesa esta noche. Espero que eso no te saque del papel, me costará entonar con convicción lo de que conocí una chica que estaba loca por mí.

Me vuelvo para encararlo. *Esa cara.*

—¿Sabes, Ben?, para estar tan centrado en tus objetivos, te fijas un montón en mí.

Las comisuras de sus labios apenas se elevan, aunque hay una chispa de divertido desafío en sus pupilas.

—Oh, sí. Me fijo en ti todo el tiempo, aspirante. No llegues tarde al ensayo, estoy deseando tener que meterte mano en ese autocine.

—Estoy deseando pegarte con la puerta de un coche viejo en las pelotas.

Su risa ronca me llega desde atrás, cuando ya nos alejamos.

Aspirante. Odio cuando le da por llamarme así. Aspirante a actriz. Aspirante a la beca. Como si quisiera decir que eso es lo único que llegaré a ser porque él cruzará cualquiera de las metas primero.

Me gustaría estar tan segura de mí misma como lo está él. Y me encantaría poder decir que, al menos, yo soy mucho más profesional. Pero es que Ben, en el escenario, cuando se mete en su papel, es el mejor compañero con el que he trabajado nunca. Y eso es un problema porque, como él no para de recordarme, no somos compañeros. Somos competencia.

Y en esta competición está permitido hacer trampas.



—¿Cómo ha ido el ensayo?

Sostengo en brazos a *Tarot*, en la terraza de casa, mientras

Sam abre unos botellines de cerveza y me observa con interés.

Lanzo un suspiro molesto.

—Desquiciante.

Ella suelta una risita. Lydia aparece ya cambiada, con ropa cómoda de estar por casa que hace unos meses yo habría jurado que no tenía.

—¿De qué te ríes?

—Ah, de Beth y su historia de rivales a amantes —responde la otra tan tranquila.

Dejo al gato en el suelo cuando se revuelve para liberarse y le hago unas cuantas caricias a *Runa*, que se pasea entre mis piernas.

—De rivales a nada —corrijo cuando me siento con ellas alrededor de la mesa y las cajas de pizza que he recogido de camino.

Puedo notar que Lydia no para de mirarme de reojo mientras me llevo la comida a la boca y mastico con furia. Tengo que mirarla y enarcar una ceja para que por fin diga lo que está pensando.

—¿Ya se lo has dicho a Chris?

Gruño en respuesta.

—Beth, se lo tienes que contar.

Sacudo la cabeza.

—No se lo voy a decir. No todavía —corrijo al ver sus expresiones—. Se lo diré, ¿vale? Claro que se lo diré. En algún momento. Ahora mismo no. Da igual. No tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia? —repite Sam en una risotada.

Le lanzo una mirada asesina.

—Si se lo digo, sé lo que va a pensar. Se va a preocupar por nada, empezará a darle vueltas, y no quiero que sienta

que tiene que competir con nadie. No hay competencia posible. Estoy enamorada de Chris, chicas. Ben es un capullo. No quiero... No voy a jugarme lo que tengo con Chris, no por una cara. Creía que estabais conmigo en esto. ¿No decíais que tenía que vivir, dejarme llevar y tomar decisiones? He tomado una decisión.

—No es que no me guste escucharte decir eso, pero... —empieza Lydia.

—¡Venga ya, Beth! —exclama Sam—. No puedes decir que esto no es un quiebro interesante del destino. No deja de ser gracioso, de una manera deliciosamente irónica, que, justo cuando empiezas algo de verdad con Chris, él haya aparecido.

—Supongo que es irónico, aunque para nada gracioso —apunto.

—Estoy de acuerdo —aporta Lydia.

—Oye, sabéis que quiero a Chris de todo corazón, de verdad. Lo adoro como se adora a un cachorro de golden retriever que te mira con ojitos y te pide que le rasques la tripa. Eso es Chris. Es un cachorro de golden. —Samira está empezando a desvariar—. Pero no podemos perder de vista el maldito destino. Al palmarla viste a un tío que es imposible que hubieras visto antes, ¡es inglés, por favor!, y ese tío ahora no solo aparece, sino que es tu coprotagonista en un musical de puro romance. ¿No piensas en lo que habría pasado si no te hubieras largado aquel día de junio de la prueba? Lo habrías conocido entonces. Chris no estaría en la ecuación. El. Maldito. Destino. Beth —dice, pronunciando muy despacio cada palabra.

—No fue así. Y estoy segura de que Ben era un capullo hace nueve meses, exactamente igual que ahora.

Sam pone los ojos en blanco. Creo que quiere darme a entender con todos esos gestos exasperados que no estoy siendo

razonable, pero la que está mal de la cabeza es ella. No cambiaría nada de lo que ha pasado hasta llegar aquí. No renunciaría a estos meses con Chris por nada, por muy destinado que esté. No me refiero solo a los dos meses que llevamos saliendo «oficialmente», sino a todo lo anterior también. A ese tiempo de miradas furtivas y tragarse las sonrisas. A su perseverancia para hacerme salir del caparazón y verme brillar. Al miedo, sí, y a mandarlo a paseo porque podían mucho más las ganas de besarlo. Volvería a repetirlo todo otra vez.

—Vale, pero tienes que contárselo a Chris —insiste Lydia.

—En eso tengo que darle la razón —la apoya Sam.

Me recuesto hasta reposar la nuca en el respaldo de la silla y doy un trago largo a mi cerveza.

—Todavía no. La semana que viene es su cumpleaños. Dejadlo ser feliz al menos ese día, ¿no?

Lydia se ríe bajito.

—Será feliz si le dices que has encontrado al tío del destino y que pasas de él porque prefieres quedarte a su lado, ¿no crees?

—Sí, probablemente después y *antes* de preocuparse por ello en bucle durante meses. Se lo voy a contar, chicas, claro que se lo voy a contar, pero lo haré más adelante, ¿vale? ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? Bastante tengo ya con los ensayos, no me torturéis también en casa.

El silencio se extiende y flota entre nosotras por un minuto entero mientras cada una se come una porción de pizza. Sé que les gusta mucho meterse en mis asuntos amorosos, pero no están tan dispuestas a compartir los suyos, así que ahora me toca a mí indagar con descaro.

—Lydia, ¿qué tal anoche con Matt?

Emite un bufido y Sam y yo nos sonreímos con complicidad.

—Nos quedamos un rato bebiendo y bailando cuando vosotras os largasteis. No pasó nada. No va a volver a pasar, por mucho que él suplique —asegura, altiva.

Ya la he oído decir eso antes, pero hace cosa de dos fines de semana me encontré con Matteo en nuestra cocina preparando el desayuno. Y las tres sabemos que es solo cuestión de tiempo que suceda una vez más.

Como yo he pedido una tregua, no seré quien la interrogué sobre algo de lo que no quiere hablar. Me tomo muy a pecho eso de no hacer lo que no me gustaría que me hicieran.

Paso al siguiente objetivo.

—Sam, ¿es normal que un chico te llame y pierdas el culo por ir a su cama?

Hace una mueca.

—No, no es normal. Pero es *este* chico y me gusta mucho. El problema es que, claro, también está *ella*.

No sé cuántas veces le hemos advertido de que meterse con una pareja, por mucha relación abierta que tengan, podría complicarse. Y, ahora, por la cara que pone, creo que se está empezando a complicar.

—¿Qué pasa con ella? ¿Está celosa? —Lydia pregunta justo lo que yo pienso.

—No, no qué va, no es eso. Nos llevamos muy bien, es maravillosa, en serio. Y anoche él no estaba solo cuando llegué a su casa.

Nos da unos segundos para procesar lo que insinúa. Aunque creo que nos cuesta más de lo que ella esperaba y por eso parece que empieza a impacientarse.

—Te acostaste con los dos —adivino.

Se muerde el labio y asiente en cuanto se elevan las comisuras de su boca. Lydia se inclina hacia delante en su silla para acercarse más y mirarla con los ojos muy abiertos y un montón de interés.

—¿Y cómo fue?

—Una locura. En el mejor de los sentidos.

—¿El problema? —le recuerdo lo que ha dicho antes.

—El problema —responde, con una porción de pizza en la mano y nubes en la mirada— es que me estoy enamorando de ella. Creo que llevo tiempo haciéndolo. Y besarla por fin, tocarla, y hacer... En fin, me ha explotado en la cara.

Lydia se tapa la boca con una mano, totalmente sumergida en el drama de la historia.

—¿Quieres robarle la novia a tu novio? —inquieta en un tono algo burlón.

Samira niega con la cabeza. Se encoge de hombros.

—No. Creo que quiero quedarme con los dos.

Lydia y yo chillamos como si los protagonistas de nuestro culebrón favorito se hubieran besado por fin después de ochenta malditos capítulos. Sam abandona la pizza y sube los pies al asiento para abrazarse las rodillas.

—¿Ellos quieren? —pregunto.

—No lo sé seguro.

—Tendrás que averiguarlo, entonces.

—Sí. —Lanza un suspiro muy largo—. Sí, eso me propongo hacer.

Nos quedamos hasta muy tarde discutiendo la mejor manera de hacer eso sin provocar problemas en la pareja. Una relación abierta es una cosa; incluir a alguien concreto en la relación..., eso es diferente, creo. Me cuesta hacerme a la idea. Chris y yo no estaríamos dispuestos a abrir esa intimidad a nadie más. Puede que a ojos de Sam sea muy egoísta por pensar así, pero lo quiero para mí sola. Quiero estar solo con él. Y que él esté solo conmigo. Ser *esa* persona para el otro. La que va antes que nadie, la única con la que compartes ciertas cosas.

Aún seguimos en la terraza cuando consulto el móvil y

veo que me ha mandado un par de mensajes. «Nosotros también tenemos plan de chicos», dice, y ha enviado una foto de los tres cenando juntos por ahí. Sonrío al verlos. Seguro que llevan toda la noche lamentándose porque no los hayamos invitado a venir y planeando un montón de cosas que hacer para luego poder jactarse de que lo pasaron mejor que nosotras.

Les pido a las chicas que nos hagamos una foto para enviársela y, por supuesto, incluimos a *Runa* y *Tarot* en el retrato familiar.

Luego, cuando salgo de la conversación con él, veo que he recibido algo más. Es un email de Joss, el director de la obra y profesor de Interpretación gestual. Ha enviado un vídeo de su última clase, de esos que hace para poder analizarlos más tarde en conjunto con nuestros compañeros, y ha puesto a Vines en copia. El texto dice: «Podéis mataros fuera del escenario, mientras sigáis haciendo esto encima».

Mis amigas se asoman a cotillear cuando pulso para reproducirlo. Somos Ben y yo cuando nos pidió que interpretáramos una escena dramática, una discusión de pareja y el inicio de la reconciliación. Y es impactante. Me acuerdo de cómo me sentía mientras estaba ahí, completamente inmersa en el papel y en lo que transmitía él desde el suyo, pero no tenía ni idea de cómo se nos vería desde fuera, y somos... pura química. Es difícil no verlo y se me desboca el corazón cuando soy consciente de ello. Los gestos, las miradas, esa forma de tocarnos. Parece *real*.

Y es demasiado.

—Mierda, Beth, si Chris ve eso, *sí* que va a preocuparse —suspira Lydia.

Bloqueo el móvil para que la pantalla se apague y le lanzo una mirada de advertencia.

—Estamos actuando.

—Lo sé. El problema es que sois muy buenos haciéndolo.

Sam se estira para poner la mano sobre el dorso de la mía. Cuando la miro, tiene una ceja alzada y cara de saber unas cuantas cosas que yo aún no sé y no quiero saber.

—Tienes que darte cuenta de cómo puede complicarse esto, Beth. Sobre todo, si te empeñas en hacer como si no pasara nada y en ignorar todas las señales.

—No hay señales —gruño.

—¿Te parece que no?

Me alejo de ella de forma brusca y sacudo la cabeza. Nada de esto importa. Es solo actuación, es una farsa, es solo fingir. Sé qué es lo real de verdad. Sé dónde está. Sé quién es. Y sé que por nada del mundo quiero perderlo.

Así que, si eso es lo que tengo que hacer, eso es lo que haré: ignorar las señales.